

y cinceladuras en los artesones del gabinete de Francisco I, donde el rey desengañado grabó sobre los cristales :

Souvent femme varie
Mal habil qui s'y fie¹.

La inscripción célebre ha desaparecido. Según dicen, Luis XIV rompió el cristal para dar gusto á la señorita de La Vallière. ¿ No es cierto que toda esta suntuosa y artística residencia lleva perfectamente el sello de una época y de un hombre? Es el triunfo del fausto y del gusto, del arte de los vastos conjuntos y al mismo tiempo de los infinitos detalles, de la medida y de la armonía. No hay morada que simbolice mejor el renacimiento y á su brillante patrono, y se comprende la frase de Francisco I cuando abandonaba á Blois por Chambord :

— ¡ Vamos á mi casa!

En Blois sólo dos alas, de las cuatro, realizaban su pensamiento y sus gustos en el vasto cuadrilátero en que san Luis y Luis XI habían edificado las dos restantes. Pero allí también resplandece el Renacimiento con todo el prestigio de su arquitectura amable y de sus ingeniosos adornos, ya se deje uno llevar del placer de contemplar la hermosa fachada de piedra y ladrillos, con sus altas ventanas, coronadas por los tridentes de sus seis esculpidos tragaluces, erizada de graciosas gárgolas, cercada por la sobria balaustrada que sigue á lo largo de la canal ó por la columnata de elegantes y variados pilares que llevan impresas flores de lis; ya se deje seducir por la belleza extraña y cautivadora del ala debida á Francisco I, con su admirable escalera. ¡ Qué maravilla, aquella escalera de Blois, con el gracioso movimiento de sus tres planos de esviaje paralelo, con sus calados huecos, con sus adorables estatuas de Jean Goujón de tan tierno y delicado aspecto; los finos arabescos que bordan los cuarterones de piedra con sus revestimientos cincelados en armonía con el resto del edificio; la primera rampa calada con tenues columnitas, y la siguiente en que alternan la F. real y las salamandras en su delicada labor de encaje de piedra; los doseletes de las hornacinas en que se admira una delicada gradación de exquisitos detalles, que muestran todo lo que faltaba en las hornacinas análogas de la fuente Luis XII, de la misma ciudad de Blois; la curva sinuosa de los peldaños en armonía con la evolución del eje central de la escalera; los medallones trabajados sin exceso; los balcones de los guardias de honor que dan al hueco interior; las gárgolas, los frontones de las puertas, de tenue delicadeza; las delgadas columnitas de los ángulos, y por último, la espiral que va estirando muellemente y con una precisión que es milagro de arte, las molduras y los tableros

1. Vease la traducción pág. 134.

del pilar central, como también las nervaduras, los artesonados y los medallones del techo, que son ejemplo único de la dificultad vencida con desembarazo y del efecto más magníficamente artístico que puede ofrecer la arquitectura de una escalera estrecha sin desarrollo ni amplitud!

El ala Luis XII, con sus torres cuadradas, sus torrecillas suspendidas, sus flores de lis, sus tableros que representan el Puerco Espín coronado; sus balaustradas y sus espigas floridas, anuncia y prepara el placer de contemplar, en el ala vecina, la completa florecencia de todas las seducciones del Renacimiento.

Y una vez que hemos penetrado dentro ¡ qué deslumbramiento ante aquellos techos rasos pintados, ante aquellas maderas esculpidas, aquellas chimeneas y aquellos cuarterones en que resplandecen, en medio de frondosidades finas y elegantes, las cifras de Ana de Bretaña, de Francisco I, de Claudia de Francia, de Enrique II, de Catalina de Médicis, y de Enrique III ! Aparecen transfigurados por el genio francés toda la antigüedad, todo el renacimiento italiano, en aquellas composiciones ligeras en que los personajes mitológicos se asen ligeramente á las sueltas ramas de los arabescos, sobre la chimenea de los Escudos, sobre la de la Cordelière, ó sobre los estrechos y dorados cuarterones de la biblioteca, donde había instalado Catalina de Médicis sus secretas alacenas, que se abrían mediante un resorte oculto detrás de la tabla del plinto; ó en la famosa cámara de Enrique III, donde se desarrolló el drama de la muerte de Guisa; como igualmente, no lejos del palacio, en la chimenea del hotel Sardini, ó en la del hotel de Alluye, donde Robertet incrustaba en el friso de su patio los antiguos medallones de emperadores romanos que hacía venir de Roma.

Vemos también á Amboise, cuyo castillo encaramado sobre enormes contrafuertes domina con sus macizas torres y sus hermosas ventanas la majestuosa corriente del Loira, que atraviesa el inmenso puente echado sobre sus dos brazos. Por el plano inclinado que subió á caballo Carlos V, como hubiera podido hacerlo á la Giralda de Sevilla, al resplandor de las antorchas, en el interior de la torre Hurtault, se llega al nivel del camino de ronda cubierto, en cuyo techo se destacan expresivas cabezas de monjes y de arqueros de piedra, que parecen echarse allí de codos para contemplar el río; más arriba está el balcón de hierro forjado donde se vieron balancearse las cabezas decapitadas de los conjurados de Amboise, y encima de todo ello, las encantadoras pilastras que sostienen el calado balcón que corre ante los estrechos tragulces. Desde las almenas de la torre se asombra uno de ver tantas obras delicadas sobre las enormes construcciones que forman, en la vertiente de la colina, un coselete de piedra, con poderosos y hondos contrafuertes, cuyo aspecto hace pensar en esas torres estrechas que corren á lo largo de las escaleras de las abruptas orillas del Niágara.

La perla de este colosal estuche de granito es la capilla de san Huberto en que Miguel Colombe agotó los secretos de que dispone la escultura para horadar y trabajar la piedra, calándola con tenues delicadezas de encaje, cuyo arte paciente no excluye la jovial fantasía. Y en un rincón del crucero quédase uno parado ante la piedra sepulcral en la que se ostenta un nombre venerado, el nombre de uno de esos grandes artistas que trajeron de Italia á Francia la llama de su genio, llamados por Francisco I, el nombre de Leonardo de Vinci, á quien el rey albergó en Clos Lucé 1516, y que murió en aquellas orillas del Loira que había contribuido á embellecer. Allí reposa, en medio de una decoración digna de él, en aquella capilla que es una joya de arquitectura, en que la piedra aprendió el arte de florecer y de enroscarse con la muelle agilidad de la hiedra y con la lujuriantes y frondosa fecundidad de las flores.

Vemos también á Loches, con la agradable estructura de su palacio, en que presenta deliciosos detalles, el oratorio de Ana de Bretaña. Allí reposa Inés Sorel, en el cenotafio de mármol negro, sobre el que se halla su estatua yacente, guardada por dos ángeles y dos corderos, y en cuyos dibujos no tiene nada de extraño que haya trabajado Juan Fouquet.

Y al volver á la ciudad, saludamos al paso, en las calles estrechas, hermosas obras del Renacimiento, como el Hotel de Ville que adosó Juan Beaudoin en 1335 á la Puerta Picoys, ó la Cancillería, cuya fachada está bordada de arabescos entre los que se ve á Hércules desafiar al Centauro, á quien dirige súplicas Deyanira: y esta erudición antigua, que se desdeñaba de dar á Hércules un almete, una coraza y una lanza, se hallaba entonces en su mayor novedad.

También vemos á Ussé, cuya antigua fortaleza adornó y embelleció el Renacimiento, flanquéándola con torrecillas, pabellones y una capilla elegante, que desde lejos producen efecto pintoresco y presentan un armonioso laberinto de artísticas chimeneas, de techos agudos, redondos, cuadrados, guarnecidos de graciosas claraboyas, de balcones, de espigas y de artísticos herrajes.

Al pie atraviesa perezosamente el Indre campos que cubren altos sembrados de cáñamo, cuyas primeras gavillas ya cortadas y enriadas, flotan en el agua, cargadas de piedras, á largo de las orillas verdes y de los juncales.

Vemos también á Azay-le-Rideau, que hizo erigir Gil Berthelot en los primeros años de Francisco I, y que refleja en el agua tranquila de los anchos fosos sus torrecillas voladas, sus altas ventanas de pequeños cristales, y sus alas que se divisan á través del ramaje del parque, bañado por un brazo del Indre.

Habría que citar también las hermosas fachadas de Vendôme, de

Tours, y Bressé y la Bourdaisière, donde nació Gabriela de Estrées; y Cheverny, Marmoutiers, Luynes, Sausac, Champigny-sur-Veude, Montsoreau, Oirón, Bresuire, Coudray-Montpensier, cerca de Seuillé, donde nació Rabelais; Le Vergier, Meillán, el antiguo Versailles, Ancy-le-Gaillon, Follembroy, Saint-Germain, y todos esos elegantes castillos, que hacen surgir sus campaniles, tragaluces y agudas torrecillas, por encima de los bosquecillos de árboles, á cada recodo de los brazos del Vienne, el Indre, el Cher y el Loira.

Allí fué donde prodigó el Renacimiento los más brillantes tesoros de su genio y el prestigio de sus seducciones. En medio de aquellas murallas tan hermosamente decoradas, de aquellas fachadas encantadoras, de aquellas techumbres espléndidas en medio de su loca riqueza y de su inagotable fantasía; entre aquellos portales delicadamente calados, aquellos frontones de minuciosa labor, aquellos rizados follajes, aquellas molduras orladas y aquellas nervaduras tan delicadas que apenas sombrean la piedra; aquellos florones, aquellas espigas apretadas, aquellos motivos delicados, en que amores, flores y aves pueblan las delicadas frondas arrolladas en torno de los antiguos jarrones;— cuando se vuelve uno para contemplar las mansiones señoriales desnudas, espesas, con aire de desafío, de la Edad Media, masas colosales de piedra, acumuladas en torno del señor siempre alerta, fortificaciones formidables, levantadas para resistir y sepultar, se goza plenamente todo lo que el Renacimiento produjo de gracia, de desembarazo, de libertad y de gusto delicado, en una sociedad que nacía entonces para la religión de la belleza.

En París, el viejo Luvre feudal de Felipe Augusto, aquella pesada masa, sombría y severa, con sus grandes y grises techumbres que se reflejaban en el Sena, cae bajo la piqueta de los obreros. Juan Boullart da principio al Luvre nuevo, creando el pabellón central. Á la entrada de París, se alza Madrid, un nido entre verdura, abrigado bajo las enormes encinas de las que sólo una ha sobrevivido. Á Fontainebleau lleva el Primaticio admirables copias de la Venus de Médicis y del Apolo del Belvedere. París se puebla de artistas que son todos maestros, como Andrés del Sarto, Leonardo de Vinci y Benvenuto Cellini. Joyeros, aurífices y cinceladores realizan maravillas de arte en cada nueva pieza encargada por el rey para sus queridas. Francia goza de un esplendor que causa envidia á nuestros vecinos. Hay cierto despecho en la frase de Carlos V ante el tesoro de Francisco I: «Tengo en Augsburgo un tejedor que podría pagar todo esto¹.»

1. No falta quien haya hecho notar con justicia que gran parte del florecimiento artístico del reinado de Francisco I se debe á la prolongada estancia de dicho monarca en Madrid, después que cayó prisionero en Pavía. No hay que olvidar que la corte española era entonces emporio de riqueza y de buen gusto artístico. (N. del T.)

Aparecen hermosas obras, firmadas por ilustres nombres, Pedro Lescot, Juan Goujón y Germain Pilón. Nuestros artistas estudian en la escuela de Italia, que ofrecía como modelos á Masaccio, Donatello, Mantegna, Domenico Ghirlandajo, Fra Filippo Lippi, Botticelli, Rafael, Leonardo de Vinci, Miguel Ángel, el Ticiano y el Corregio. Concédense pensiones á los pintores Corneille y Clouet; Juan Vinderne hace camafeos de admirable belleza; salen las piezas de orfebrería más delicadas de los talleres de Enrique Lebourg y de Guillermo Herou-delle; hállanse en casa de Reneto Serpe copas, saleros, esmaltes, cadenas y bordados de riqueza y arte exquisitos. Parece que Francisco I se complace en exagerar el lujo y la prodigalidad de su reino, como si de esta suerte se procurase un arma. El trono se rodea de un brillo que deslumbra y que ciega, para no dejar ver las torpezas políticas, las ejecuciones injustas, la miseria del pueblo, la situación crítica del Estado, tan vigorosamente señalada por Fenelón: « el pueblo arruinado, encendida la guerra civil, la justicia venal, la corte entregada á todas las locuras de las mujeres galantes, y todo el Estado debilitado y doliente ».

El rey tiene para su séquito un personal numeroso y brillante, y forman su servicio doméstico nobles de alto rango. Su copero mayor pertenece á la más elevada nobleza, y los más poderosos señores se disputan el honor de tener la palmatoria cuando se acuesta ó se levanta en el invierno, lo cual indigna á Roederer: « La palmatoria, — ¡ qué palabra acabo de pronunciar! — la palmatoria se convierte en la pieza más importante del mobiliario real después del cetro y de la corona. » Es aquél el reinado de la risa y de la indiferencia. Mientras los hugonotes arden en la hoguera y mientras los teólogos dan nuevo pábulo á sus disputas, « más crueles, dice Melanchton, que los combates de buitres », se divierte la corte en continua, « magnífica y soberbia comilona », como dice Brantôme.

El lujo de la corte es un insulto para la miseria pública. En medio de los campos, en donde el aldeano demacrado y débil, agotado por el trabajo y las privaciones, se muere de hambre, ostenta el rey el lujo insensato del campo del Paño de Oro, donde se recibe á Enrique VIII en un pabellón de cristal, mientras que en el pabellón de Francisco I forman suntuosa decoración maravillosos tapices flotantes y colgaduras de terciopelo azul decoradas con bordados de Chipre. Es verdad que París paga todo esto. Para pagar semejantes gastos el rey hizo arrancar el enrejado de plata que rodeaba el sepulcro de San Martín, don con que había contado Luis XI para su salvación¹.

1. Recuerda este cuadro el que traza, en su severa crónica latina Alonso de Palencia, del luctuoso reinado de nuestro Enrique IV, el Impotente, y de los desenfrenos de aquella nobleza fustigados con crudeza nada literaria por las celebres *Coplas del Provincial*. (N. del T.)

Es aquél el retorno de la edad de oro para las mujeres. ¡ Qué de fiestas, qué de bailes, qué de ocasiones de mostrar sus atavíos y trajes, escarpines de terciopelo carmesí, basquiñas de hermoso camelote de seda, verdugados de tafetán, corpiños de tisú de plata con bordados de canutillo de oro, y mantos á la morisca! En el reinado de aquel rey galante y perfecto caballero, la dama reconquista el supremo ascendiente que le había concedido en otro tiempo la acrisolada lealtad de los caballeros. Las mujeres son omnipotentes y la tradición se trueca en su favor; la antigua ley anglonormanda, que concede al marido el derecho de pegar á su mujer, es substituida con el uso contrario, adoptado muy rápidamente, hasta tal punto que hubo que reaccionar y pasear subidos en una burra á los maridos que se dejaban pegar por sus mujeres; *in asella retrorsum sedens et caudam in manu tenens*. (Muratori).

Sentíanse fuertes, bajo un rey que se dejaba dominar por ellas y que lo escribía en los cristales de su ventana. El Luvre, Madrid, Fontainebleau y hasta las casas menos recomendables y las callejuelas de peor fama de París, fueron testigos de las reales escapatorias de Francisco I. Cuando el rey se divierte, guarda su dignidad bajo su jubón. Si no llegó á entrar en la cabaña de Saltabadil, en la desierta ribera donde le acecha Triboulet, era muy capaz de ir allá.

En el *Rey se divierte* no hay nada de exagerado. Víctor Hugo podía afirmar con justo derecho: « La historia nos permitía mostraros á Francisco I borracho en los tabucos de la calle del Pelicano. »

Por el ejemplo del amo puede calcularse cuál sería la existencia de los grandes señores y las grandes damas. Los vestidos de las señoras costaban un caudal, y los trajes de los caballeros representaban precios fabulosos. El jubón acuchillado de Carlos de Guisa costó trescientos escudos. La vida es una fiesta perpetua y hay que mostrarse en ella con brillante traje de gala. Todo son conciertos, mascaradas y locuras.

¡ Qué años de frivolidad y de abandono! Tararánse los himnos sagrados con la música de canciones populares. La traducción mundana y revolucionaria de los salmos por Marot obtiene el mayor éxito y se cantan en la corte durante todo el siglo. Fueron las coplas de moda en las expediciones cinegéticas y en los gabinetes de tocador.

Esta época de fausto y de versatilidad presenta muy curiosos contrastes. Francisco I, que es su encarnación, ese rey cuyas noches son orgías, une á las pasiones más bajas y vulgares, un gusto muy afinado hacia las letras y las artes, una delicadeza cortés é ingeniosa y también toda la bravura y la lealtad de los antiguos caballeros. Marot ha referido las batallas « en que se vió á nuestro buen rey cargar y meterse en apreturas ». Las crónicas nos cuentan su brillante conducta en los campos de batalla. En Pavía, « el rey no se acostó ni durmió sino sobre

la limonera de una carreta, completamente armado, y no halló agua qué beber, porque los arroyuelos que había en los alrededores de aquel sitio habían perdido su color natural y estaban enrojecidos por la sangre de los cadáveres ». Podemos creer á Sebastián Moreau cuando nos asegura que « se portó como verdadero Rolando y no hay memoria de príncipe más valiente ».

El contraste es mayor aun entre la ligereza de su carácter y su afición á las letras, ciencias y erudición, ó por lo menos á los eruditos.

Á la vez literato y libertino, serio y calavera, consulta á Erasmo y á Budeo, se rodea de jurisconsultos y de sabios, lee la Biblia que le traduce Vatable, y se divierte con el cinismo de Rabelais y con las graciosas ocurrencias de su paje Clemente Marot.

El rey mismo es poeta. Champollion Figeac ha publicado una hermosa edición de sus obras poéticas. Los contemporáneos habían ya alabado el gusto ilustrado de Francisco I por las letras y las artes. Claudio d'Espence había admirado « á aquel príncipe tan enamorado de Minerva como se lo permitía Marte ». Juan Marot, en su lecho de muerte, recomienda á su hijo Clemente al rey poeta.

Francisco I fundó el famoso *Colegio real trilingüe*, que debía ser el ilustre Colegio de Francia; favoreció la imprenta y mereció por su cultura los elogios de Marot.

Fué el protector de toda la sociedad de aquella época en la que figuraban nombres tan ilustres como los siguientes: Mellin de Saint-Gelais y su amigo Clemente Marot, poetas, hijos y padres de poetas; Carlos Fontaine, Francisco Habert, Teodoro de Bèze, Mauricio Scève, Hugo Salel, que tradujo la Iliada en versos franceses; Juan Dorat y Bartolomé Aneau, todos ellos escritores de talento á quienes alienta y ayuda. Se interesa por sus obras, los visita. « En una calle estrecha, oscura y pendiente, dice Crapelet, veíase á veces llegar un caballero de majestuoso aspecto y de noble rostro, seguido de pajes, de escuderos y de algunos graves personajes montados en mulas. Otras veces llegaba una hermosa y elegante dama montada en un corcel y acompañada igualmente de una escolta más brillante que numerosa. Estas cabalgatas se encaminaban lentamente por la calle de Saint-Jean-de-Beauvais, se paraban ante la muestra del Olivo, echaban pie á tierra y entraban en casa de Roberto Estienne. El noble caballero era Francisco I, y la hermosa dama, Margarita de Valois, su hermana, reina de Navarra, tan amable, ingeniosa y sabia como bella. En estas visitas del rey ó de la reina de Navarra, la conversación general, fuera de algunas explicaciones relativas al mecanismo de la tipografía, tenía lugar en latín entre el impresor y sus noveles interlocutores. »

Francisco I fué el genio de su tiempo. Las letras, las artes y la erudición le deben mucho. Gracias á él se depura y transforma el gusto,

y se produce como una fuerte corriente hacia las cosas del ingenio. Las mujeres nada tienen que envidiar á los hombres en un siglo que vió nacer á Margarita de Navarra, á Luisa Labé, á Pernette de Guillet, á Clemencia de Bourges, y en que María Estuardo recitaba en el Luvre un discurso en latín compuesto por ella. Como lo hace constar Rabelais, « las mujeres y las doncellas han aspirado á esta alabanza y á este maná celestial de la buena doctrina ». ¿Cómo no recordar de paso á aquella amable hermana del rey, Margarita de Navarra, á quien París no poseyó largo tiempo en su seno? Desde el fondo de Navarra, á donde la llevó su marido, no dejó por lo menos de extender su influencia bienhechora y fecunda á toda la sociedad parisiense, á la gente de letras y á los artistas. Hasta desde lejos siguió siendo el ángel bueno de aquella corte cuyo demonio fué la sombría Luisa de Saboya. La figura de Margarita resplandece en medio de su corte, de la que formaba parte la graciosa y sabia Madama de Soubise. La Margarita de las Margaritas realizaba el brillo de aquella corte donde la belleza, el ingenio, la prodigalidad y el talento amable y fácil eran títulos suficientes para conquistar la amistad de Francisco I.

¿Qué época risueña y brillante y cuán seductora fué la vida durante aquel renacimiento y aquel rejuvenecimiento, á la vez atolondrado y reflexivo, de las ideas, de los conocimientos, de los métodos y de todo lo que constituye la existencia moral é intelectual de un pueblo! Además; qué alegre tintineo, qué delicioso concierto y qué encantadores ecos producidos por las piezas amorosas que se recitaban bajo el centelleo de las arañas, por las galanterías dichas en voz baja y por los picarescos chascarrillos graciosamente contados! Los caballeros jóvenes, con jubón de seda blanca bordada de oro, ríen y cantan, maquinan algún raptó, se burlan de las mujeres á quienes adoran y de los viejos maridos víctimas suyas. Los Valois iban á heredar esta brillante tradición. En aquel medio brillante, debía vivir y brillar aquel rey artista, erudito, frívolo y caballeresco que nos representamos con complacencia en la decoración del *Rey se divierte*: salas magníficas llenas de hombres y mujeres ricamente ataviados, antorchas, música, baile, y alegres carcajadas. Circulan los criados llevando bandejas de oro y vajillas de esmalte por entre los grupos de damas y caballeros. La fiesta toca á su término; el alba blanquea las vidrieras. Reina cierta libertad, pues la fiesta tiene en parte el carácter de orgía, y, en medio de aquel lujo y de aquellas risas, Francisco I aparece en el traje indicado sumariamente por el poeta: « El Rey tal como le pintó el Ticiano. »

No hay que limitarse á las letras. El Renacimiento, en sus más beneficiosos resultados, fué especialmente artístico. Dió á los poetas el mismo gusto, el sentido de la medida, de la discreción sobria, de la forma,

de la composición, que es lo que más faltó á los literatos de la Edad Media. Fué una renovación universal. Adornóse el arte con preciosa vestidura. Del mismo modo que el estudio de la antigüedad había recibido homenajes hasta entonces desconocidos, y el derecho se vió ilustrado y desembrollado¹, así también hubo progreso en todos los órdenes de ideas. La humanidad ó, por lo menos, la sociedad, daba desde luego un gran paso.

El lujo, la elegancia y el gusto afinaron y pulieron aquella sociedad, agitada por la fiebre y exaltada por la visión más neta del ideal y de la belleza. Porque fué ésta la que desempeñó el principal papel en el Renacimiento, ya se trate de artes ó de letras.

El humanismo consistió en tomar de los antiguos la belleza de la forma para vestir ideas muy modernas. Desde el punto de vista de la doctrina, había sin embargo una pequeña dificultad.

La mitología pagana prescindía de la revelación; los humanistas tomaron únicamente el vestido y lo plantaron sobre la idea cristiana, del mismo modo que suele verse en las iglesias españolas é italianas á la Virgen amamantando á Jesús, sentada sobre el pedestal ó bajo el peristilo de un Apolo.

El Renacimiento preparó de esta suerte el armonioso maridaje que debía consumar el siglo xvii entre el cristianismo y el paganismo, entre lo que había de esencial y duradero en nuestra caballería y lo que presentaba como nuevo y más elegante al espíritu humano, el conocimiento más perfecto de los antiguos.

Este trabajo no se realizó sin convulsiones. Una sociedad no cambia de posición sin sacudir y conmover toda la armazón de sus hábitos, de sus preocupaciones y hasta de sus creencias. Á la descuidada, escéptica é irónica serenidad del siglo xv, sucedió una profunda agitación de las almas.

Era una dificultad espinosa, la de adaptar la forma de los antiguos á nuestros pensamientos modernos y cristianos, tan opuestos á su doctrina filosófica. El paganismo sigue obrando aún á lo lejos y penetra en la sociedad como un soplo de incredulidad. El descubrimiento de América y el de la rotación de la tierra, — gota de cieno perdida en el espacio, — hacían perder la cabeza á los que creían fielmente en el texto de las Escrituras. Apareció el espíritu científico y, con él, el espíritu crítico, padre del positivismo. La razón hizo vacilar á la fe; el espíritu de examen hizo gran daño á las creencias; el triunfo de la ciencia asestó un golpe al cristianismo, que algunos individuos creyeron conveniente someter á revisión, y de aquí nació la Reforma.

1. En España, cosa que muchos ignoran, fué el restaurador del Derecho Romano un ilustre jurisconsulto andaluz, Nebrija, más universalmente conocido como gramático, y que fué uno de los primeros que estudiaron con los griegos en Italia. (N. del T.)

El Renacimiento, desde todos estos diversos puntos de vista, tuvo considerables consecuencias en la historia general de las ideas y de las costumbres. Merced á un juego alternado, los bárbaros habían arrojado al genio antiguo y ellos mismos lo volvían á atraer. Durante su destierro, el arte y la literatura en Francia habían logrado fundarse y afirmarse mediante hermosas obras; pero, á partir del siglo xv, parecía por completo agotado semejante esfuerzo¹.

¿Cómo hubiera podido reanudarse sin los acontecimientos que determinaron el retorno á la antigüedad? Sería difícil decidirlo. Sin embargo es lo cierto que el Renacimiento venía á producirse en el momento preciso, en un período de agotamiento y transición, en que la sociedad, cansada de lo que había conocido, buscaba otra cosa. En otra época hubiera tal vez abortado el Renacimiento, como ya había sucedido, pues los pueblos sólo aceptan aquello que necesitan. El resultado innegable consistió en volver á poner á la Galia bajo el imperio de Roma. Á pesar de la protesta general de la Pléyade, el genio nacional se sometió al yugo. Tal vez era inoportuna la protesta, y la Pléyade no encontró eco. Sucedió tal vez con el genio francés como antes con el genio romano, que debió todo su arte á la tutela de los griegos. La Edad Media produjo todo el esfuerzo de que era capaz y dió pruebas de toda su energía, mostrando lo que podía hacer nuestra raza entregada á sí misma en el dominio artístico. No hizo nada capaz de hacernos sentir su desaparición ó concebir esperanzas desmesuradas. Tuvo vitalidad, invención, vigor é ingenio; y sin embargo, la literatura medioeval, estudiada y muy conocida desde hace ya un siglo, traducida, vulgarizada, y puesta al alcance y á la vista de todos, no presenta nada que obligue á las masas á admirarla y á entusiasmarse. El público en general ha oído hablar de Dante y Homero, pero desconoce á Turoude y á Bertrand de Born.

El « romance » sigue siendo una lengua muerta, tan poco accesible y cultivada como el hebreo; no se nota afición hacia ella y su literatura, á pesar del mérito y la paciencia de sus exégetas, sigue siendo, como en la época de Raynouard, una curiosidad útil sólo á los eruditos. La Edad Media se resiste á la vulgarización².

Diríase que el Renacimiento ha vuelto á sumir nuestra literatura en su savia original y ha vivificado una planta que se iba agostando. Á

1. Muy distinto es el cuadro que presenta la literatura española por la misma época. « De 1419 á 1454 se extiende el reinado de D. Juan II de Castilla, período capitalísimo en la historia política y literaria de nuestra Edad Media, si ya no preferimos ver en él un anticipado ensayo de vida moderna y como una especie de pórtico de nuestro Renacimiento. » (Menéndez Pelayo. — *Antología*.) (N. del T.)

2. No sucedía lo mismo con nuestro *romance*, pues gracias á los esfuerzos de muchos ilustrados varones, como Fernán Pérez de Guzmán, Señor de Batres, y de su íntimo amigo el obispo de Burgos, D. Alfonso de Cartagena, la prosa castellana adquirió admirable vigor y lozanía en multitud de obras ya originales, ya traducidas. (N. del T.)

partir del siglo xv, fórmase el francés con el contacto del latín; se van precisando sus formas y deja de ser « viejo francés », recóndito y obscuro; es ya moderno y se hace ó se deja comprender muy bien. La raza latina, á la que pertenecemos, reconoce y saluda el advenimiento de su lengua favorita; los descendientes de los romanos y de los griegos vuelven á emprender con el mayor gusto el camino, largo tiempo abandonado, del Capitolio, y los bárbaros del Norte sufren esta nueva derrota moral que les inflige el Renacimiento francolatino, vencedor del genio gótico casi agotado.

Pero la historia obedece á la ley universal del ritmo: el siglo xviii vió expirar los efectos de la influencia grecorromana; el romanticismo, á ejemplo de Ronsard, quiso sacudir el yugo de una imitación que había producido cuanto se podía esperar de ella. Es muy posible que á la literatura romana, que durante trescientos años ha imperado en nuestro país, suceda alternativamente un nuevo período que desprecie y desconozca á Zeus y á Minerva, para sacrificar de nuevo, según el rito nordista, en los altares de Teutates y de Odín.

CAPÍTULO II

LA PROSA

Teólogos, Controversas: Calvino, San Francisco de Sales, P. Viret, Teodoro de Beza, Esteban Pasquier, Charrón, Duplessis-Mornay, Du Perrón. — Moralistas, Políticos: Montaigne, Juan Bodin, La Boétie, Hotmán, Huberto Languet, D'Ossat, Enrique IV, Montchrestien, Ramus, Charrón, Cornelio Agripa, Buenaventura des Périers, L'Hospital, du Vair. — Eruditos, Críticos y Sabios: Le Maire de Belges, Fauchet, Esteban Pasquier, Enrique Estienne, Meigret, Ambrosio Paré, Bernardo de Palissy, Olivier de Serres. — Traductores: Dolet, Amyot. — *La Sátira Menipea*. — Historia y Memorias: Juan Molinet, de Thou, Palma Cayet, Monluc, La Noue, D'Aubigné, Brantôme y otros. — Cuentistas: Tahureau, Cholières, Bouchet, Tabourot, Beroaldo de Verville, Des Essarts, el *Amadis*, Margarita de Navarra, Noël du Fail, B. des Périers. — RABELAIS: Su vida, sus obras, el estilo, las ideas, y la influencia.

Como acabamos de comprobar, el Renacimiento renovó las artes y las letras, y esta inmensa fermentación no dejó de extenderse á los demás dominios del pensamiento. Nada quedó intacto; el mundo se rejuvenecía con todas sus aspiraciones. La religión sufrió su influencia que dió por resultado la Reforma. El clero se había alejado mucho de la grande y hermosa sencillez de Cristo. La necesidad de civilizar, por decirlo así, las rudas palabras que había dirigido á los pobres pescadores de su país, habían corrompido y afeminado el dogma. Cristo no hubiera reconocido á su Iglesia, y esto había ya arrancado lágrimas de sangre á San Francisco de Asís. El clero había adaptado, en Occidente, á la sociedad, á las costumbres y al lujo de su época las santas palabras que habían resonado á orillas del Jordán y en la cumbre del Gólgota. Los beneficios se atribuían al mejor postor¹, las indulgencias se hallaban sometidas á tarifa, y la salvación de las almas se había convertido en mercancía: la balauza en que el comerciante pesa los escudos había reemplazado en el altar á la balanza del Juicio Final, destinada á pesar las almas. Los verdaderos cristianos se lamentaban de los desórdenes, de los crímenes y de las riquezas del alto clero.

En aquel tiempo fué á Roma, cual otro aldeano del Danubio, un religioso agustino de Ehrfurt. Fué enviado allá (1511) para asuntos de su orden.

1. El mal era idéntico en España, como lo prueban las terribles censuras del *Rimado de Palacio*, las mordaces críticas del Arcipreste de Hita y la sátira del Arcipreste de Talavera. (N. del T.)